

LA IMAGEN DEL LABERINTO EN LAS NOVELAS REGIONATAS DE JUAN BENET

MIGUEL CARRERA

CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES DEL CSIC

SINOPSIS

Es un lugar común definir la obra de Juan Benet como “laberíntica”. Ello se debe a su notable complejidad, pero también a otros factores de tipo estructural y temático. Por otro lado, las correspondencias con el mito de Teseo y el Minotauro dan lugar a una fecunda y reveladora analogía. Es nuestra intención, pues, unificar las novelas del ciclo de Región bajo dicho concepto desde el plano de la lectura hasta el del contenido, igualando, en la medida de lo posible, las perspectivas de autor, lector y personajes. En todos los niveles, el motivo del laberinto alude directamente a dos de los pilares de la literatura benetiana: la irracionalidad y la desmitificación.

PALABRAS CLAVE

Juan Benet, Región, laberinto, irracionalidad, desmitificación

The Image of the Labyrinth in Juan Benet's Región Novels

ABSTRACT

It is a common place to describe Benet's works as “labyrinthine”. This is based on their remarkable complexity, but also on other structural and thematic factors. Besides, the correspondences with Theseus and the Minotaur's myth give rise to a fruitful and revealing analogy. It is our intention, thus, to unify the novels of the Región saga under such concept, from the reading level to their content, making equal, as far as possible, the author's, the reader's and the characters' perspectives. Throughout all these levels, the labyrinth motif refers to two of the main traits of the Benetian literature: irrationality and demythification.

KEYWORDS

Key words: Juan Benet, Región, labyrinth, irrationality, demythification

INTRODUCCIÓN

*To enter the world of Región is to enter a labyrinth
where everything —except ruin, death and futility—
is uncertain, or a tantalizing approximation*
Vicente Cabrera

En 1973, Ricardo Gullón, uno de los más egregios comentaristas de la obra de Juan Benet, tituló uno de sus artículos “Una región laberíntica que bien pudiera llamarse España”. Con tal epígrafe, aludía el crítico al territorio imaginario en el que se desarrolla la mayor parte de la novelística del escritor-ingeniero, quien por ese entonces ya se había consagrado como autor de una rica e influyente obra. Con aspiraciones de exhaustividad, aunque nunca con la intención de agotar el riquísimo mundo benetiano, se aventuraba Gullón por los vericuetos de la primera novela de Benet —la deslumbrante *Volverás a Región*—, parando mientes en las notables y muy diversas sinuosidades que se le presentaban al lector en el transcurrir de sus páginas. La palabra “laberíntica” del título constituía, así, una referencia directa a uno de los rasgos más definitorios y fácilmente constatables de la literatura benetiana: su enorme complejidad.

En efecto, no han sido pocos los críticos, especialistas y simples aficionados que han subrayado, y aun lamentado¹, este aspecto en obras como *Saúl ante Samuel*, *Un viaje de*

¹ A este respecto, merece la pena recordar la sintomática opinión de Joaquín Marco, quien, como revela Francisco Candel en una entrevista ofrecida a *Triunfo* (Quijano 1973: 32), confesó una vez acerca de un libro de Benet: “Es

invierno o la ya mencionada *Volverás a Región*. El mismo autor, en más de una entrevista, admitía que sus novelas requerían de una atención y preparación excepcionales y, probablemente, de una concienzuda relectura (cfr., por ejemplo, Hernández 1977 [1997]: 102 y Nolens 1981 [1997]: 180). Por su parte, Darío Villanueva (1973: 16), otra de las autoridades en la materia, elucubraba sobre el receptor modelo de la literatura de Benet, llegando a la conclusión de que quizá estábamos ante “el más destacado caso de la hora de un lector inexistente”. Esta tortuosa inextricabilidad ha convertido en lugar común recurrir a la metáfora del laberinto para caracterizar la naturaleza compositiva de sus obras. Así lo atestiguan estudios como los de Herzberger (1976: 66), Nelson (1979 [1984]: 27), Cabrera (1983: 89), Orringer (1984: 50), Gullón (1980), Rodríguez Padrón (1990: 6) o Benson (2004: 261-285), en los que, de una u otra manera, se presenta el orbe benetiano como “a persistent maze of obstacles replete with complex obstructions, delays, ambiguous interpolations and confusions” (Herzberger 1976: 66).

Huelga aclarar, por otra parte, que dicha asociación no se limita a una homología superficial, sino que, como en los casos de Borges, Kafka o tantos otros autores, da pie a fecundas correspondencias en los distintos niveles del discurso: por un lado, en uno meramente espacial, cifrado en la inclusión de lugares oscuros e impenetrables en la geografía regionata, en los que reina el caos y los personajes se extravían irremisiblemente; por otro, en el plano lingüístico y estructural, con una gramática y un léxico intrincados —piedra de toque del *grand style* propugnado por el autor— y una organización que más de uno podría tachar de anárquica; en tercera instancia, en el temático, dada la considerable densidad de los asuntos a examen, objeto de prolijas y aparatosas reflexiones que a menudo incurren en contrasentidos y otro tipo de oscuridades; y por último, en la propia trama, la cual se le presenta al lector como un difuso y proteico puzzle cuyas piezas no acaban de casar.

Por si esto fuera poco, el motivo laberíntico ocupa un lugar destacado en la dimensión mítica de la narrativa benetiana; emparentado con las arquetípicas figuras del Minotauro, Teseo y Ariadna, remite, igualmente, a los héroes de los cuentos populares, enfrentados a pruebas iniciáticas en las que han de demostrar su valor y pureza. Sobre dichas asociaciones han escrito varios críticos benetianos, entre los que destacan Gullón (1975 y 1980), Thomas (1975), Margenot (1991), López López (1992) y Martínez Sarrión (2007). No hay que olvidar, por otro lado, que *Región* cuenta con una cosmogonía propia, inspirada en diferentes códigos y arquetipos del mundo clásico, mas planteada desde una óptica postmoderna, tendente al escepticismo y la desmitificación.

Así pues, nos encontramos ante una valiosísima herramienta para dar sentido y unidad al vasto y multiforme universo erigido por Benet, tanto en su configuración diegética como en la elaboración y disposición del discurso. De ahí se deduce la complementariedad de los dos enfoques posibles: el primero interesado en la temática y en la construcción de los elementos de la diégesis (fábula, espacio, tiempo y personajes), y el segundo de índole pragmática, es decir, centrado en la recepción y descodificación del texto.

En el análisis que proponemos a continuación, concedemos primacía al plano diegético, siendo nuestro principal objeto de interés la significación del laberinto en relación a los grandes temas benetianos y el trasfondo mitológico en la serie regionata. Admitimos, no obstante, la imposibilidad, y aun imprudencia, de dejar completamente de lado el de la enunciación, cuya dificultad inherente hace que el lector “ingenuo” se sienta tan perdido como los personajes. Como dice Costa (1979: 13) a propósito de *Volverás a Región*, “la estructura de la narración consigue reflejar el enmarañado mundo de *Región*, y el lector al adentrarse en la lectura pasa a ser a su vez imagen de aquellos personajes que tratan de dar sentido a sus vidas en la novela misma”. En efecto, tal es la compenetración entre ambos planos, tantos y tan significativos paralelismos se pueden establecer entre ellos, que bien podríamos decir que, en

muy bueno, está muy bien hecho, tiene unas aportaciones fantásticas, pero no he logrado pasar de la página quince”.

su carácter indisociable, son dos caras de una misma moneda: ambos pantanosos, exigentes en extremo, reacios a una penetración sin costes.

Dicha complicación no es, por otro lado, gratuita, sino que responde a la especial concepción de la literatura en Benet, basada en la elaboración de un estilo propio y afín a los discursos antimiméticos de la época; desde una postura recelosa de la ciencia, afirma el ingeniero que la función del escritor “ya no será investigar y desentrañar, sino arrastrar a la imaginación hacia esa zona de sombra donde otro pensamiento, si así lo desea, puede iniciar la función de conocer” (Benet 1976a: 50). El barroquismo y la ambigüedad de su prosa pasan a verse, así, no como un capricho culterano, sino como “consecuencia de la complejidad de la percepción del mundo en la segunda mitad del siglo XX, tal y como lo ha reflejado la particular sensibilidad del autor” (Benson 2004: 18).

Se puede defender, en resumen, que existe una línea que, partiendo de la percepción del novelista, va a desembocar en la criatura de ficción, pasando por la estupefacta mirada del lector e igualándolos a todos en la misma sensación de extravío. En total, tres sujetos atrapados en el laberinto, sometidos a un infinito número de pruebas que ninguno será capaz de superar y que terminarán con ellos vagando eternamente, sin encontrar la salida. En esto estriba el enigma sobre el que, según los críticos, se fundamenta la poética benetiana (cfr., principalmente, Martínez Lázaro 1971 y Herzberger 1979).

Así pues, sin aspirar a desvelar todos los misterios ni violentar la sacralidad del templo benetiano, osamos traspasar sus muros y examinar de cerca sus arcanos. No pretendemos iluminar todo el ámbito. Lo único que nos interesa en nuestra empresa es establecer una analogía que confiera cierta cohesión a la heterogeneidad del orbe regionato y nos ilustre sobre su mitología particular. Para ello, manejamos cuatro ideas básicas de laberinto, más o menos identificadas con los distintos planos del discurso y, como veremos, muy emparentadas entre sí: por un lado, lo empleamos como un correlato de la complejidad y plurisignificación del texto benetiano, en el que el afán de ordenación del lector se ve postergado por recursos refractarios a un desciframiento racional; por otro, lo relacionamos con el viaje y la realización personal (siempre frustrada); en tercer lugar, se nos presenta como una especie de fortaleza del inconsciente (el centro), compuesta por innumerables galerías y, como un dibujo de Escher, inaccesible a la lógica cartesiana; y por último, lo consideramos como uno de los principales arquetipos del orbe regionato, en cuanto aglutina conceptos inherentes a aquel, tales como el misterio, la desorientación, la circularidad o, en un sentido religioso, la sacralidad, la prohibición o la iniciación ritual. En páginas venideras, desarrollamos todas estas concepciones.

2. LA CONFIGURACIÓN LABERÍNTICA DEL ESPACIO REGIONATO

La primera entrega de la serie de Región se abre, no por casualidad, con una minuciosa descripción del terreno, a la que se le irán añadiendo innumerables detalles a lo largo de la novela. Más que en ninguna otra obra benetiana, se ofrece aquí un infatigable recorrido por todos los rincones de la provincia, ascendiendo montañas y cordilleras, bajando a las forestas, siguiendo el curso de los ríos... pero también catalogando la fauna y la flora, caracterizando el clima local y acercándonos a las costumbres de sus habitantes. En tal panorámica, echa mano Benet de prácticamente todas las áreas del saber —desde la botánica hasta la antropología, pasando por la geología, la etnografía o la meteorología—, dando cabida a un gran abanico de tecnicismos, mediciones y datos que pasan por ser el resultado de una exhaustiva labor de documentación científica. Ni siquiera el “Mapa de Región”, publicado con el primer volumen de *Herrumbrosas lanzas* (1983), es tan ambicioso en su tentativa de delimitar una tierra que, según veremos, se escapa a todo tipo de racionalización.

Como se sabe, el país regionato se ubica en algún punto indeterminado del norte de León, próximo a la Cordillera Cantábrica, que muchos han querido localizar —basándose tanto en las pistas suministradas en las sucesivas narraciones como en las declaraciones del propio autor— en las inmediaciones del río Porma, donde el autor construyó su primera presa (en la

actualidad llamada “Juan Benet”) y puso fin a *Volverás a Región* (Benet 1974: 162). Hay otros, en cambio, que señalan la zona de El Bierzo (González 1989, Halffter 1993), y aun uno que, más en broma que en serio, se afana en demostrar que Región pertenece a la provincia de Córdoba (Castilla del Pino 1985).

En realidad, da igual dónde se sitúe: cualquier elucubración al respecto acabará revelándose ociosa, toda vez que región trasciende la concreción tanto espacial como temporal. Ni siquiera aquellos que han visto en ella una representación microscópica de la España de la Guerra Civil y el franquismo (Sobejano 1970: 401, Gullón 1973 y Durán 1974 [1986]: 237) andan del todo acertados. Región es mucho más que eso, como también lo eran el Yoknapatawpha County de Faulkner o el Macondo de García Márquez. Por un lado, se impone como el reflejo de la subjetividad de los personajes, mientras que, por otro, se proyecta hacia un plano universal, en el que cualquier ser humano —no sólo los españoles— se puede sentir identificado. De ahí que no tenga existencia física, de ahí que Benet se resistiese durante tanto tiempo a levantar un mapa de su territorio y de ahí que, cuando lo hiciera, se dedicase a introducir un buen número de contradicciones con respecto a la información ya conocida, de tal manera que el lector no fuese aún capaz de darle plena consistencia.

Región es un espacio connotativo de principio a fin, concebido y estructurado de acuerdo con patrones subjetivos y que rehúye una lectura mimética. Existe en él, además, un alto componente autorreferencial, lo cual le concede independencia con respecto a nuestro mundo y propicia que su fecundo simbolismo, lejos de ser traducible a un lenguaje unívoco, dé lugar a todo un crisol de interpretaciones; de hecho, más que de símbolos, sería mejor hablar de indicios, de pistas vagas, o, como dice Sobejano (1986: 171) hablando de *Saúl ante Samuel*, de “analogías que ilusionan al naufrago pero no le rescatan”. Es muy significativo, a este respecto, lo que Benet opinaba sobre el tema con respecto a dicha obra, a saber: “lo que existe en esa y en todas mis novelas es el poder simbólico” (Nolens 1981 [1997]: 186); ahora bien, el simbolismo como tal, la lectura estrictamente alegórica, quedaba descartada; y es que, para Benet, sólo podía haber un tipo de lectura: “la real, la que observa la palabra, a secas. En comparación con ella, cualquier lectura simbólica es pobre, porque, en cierto modo, es jeroglífica y mortecina” (*ibíd.*). Gran parte de la condición laberíntica de Región se asienta en esta falta de correspondencias claras, en esta ambigüedad connotativa, la cual va desde la geografía hasta los propios personajes.

Pero volviendo a la descripción física, al plano más superficial, ya desde él nos introduce Benet en un verdadero “laberinto natural” (Santarcangeli 1984 [1997]: 50-51): un espacio tortuoso y desconcertante, lleno de sendas impracticables y recovecos oscuros, donde el hipotético viajero habrá de ver frustrados todos sus intentos de acceso, ya no digamos de establecimiento. Por si esto fuera poco, la naturaleza, en franca oposición a su versión virgiliana, se muestra hostil en todo momento, levantando obstáculos ante el osado aventurero, confundiendo su percepción y empujándolo al desespero. Esto se advierte desde el mismo inicio de la novela, en el que se nos describen los obstáculos con los que se topa el viajero al encaminarse hacia la sierra regionata: “cada paso adelante no hace sino alejarlo un poco más de aquellas desconocidas montañas” (Benet 1967 [2009]: 19)²; ello hace que el esforzado excursionista vaya perdiendo poco a poco el entusiasmo inicial y que, agotadas las energías, acabe por “abandonar el propósito y demorar aquella remota decisión de escalar su cima más alta”, o, en el peor de los casos, tumbarse “en la arena de cara al crepúsculo, contemplando cómo en el cielo esos hermosos, extraños y negros pájaros que han de acabar con él, evolucionan en altos círculos” (*ibíd.*). Es como si la tierra a su alrededor conspirara para cortarle el paso, y aun llevarlo a un fin trágico; y es que, como dice Margenot (1991: 76), “la

² Sobre este pasaje dice Nelson (1979 [1984]: 28): “Immediately we are reminded of Kafka’s *The Castle*, in which the distance between K and the castle increases as he proceeds towards it”. La asociación no es en modo alguno gratuita: el escritor checo fue, junto a Faulkner, uno de los grandes maestros de Benet (cfr. Campbell 1971: 58), siendo más que apreciable su huella en las novelas regionatas.

situación laberíntica creada por el estado natural va más allá de aprisionar al individuo”, siempre se percibe “la presencia de un enemigo oculto” (*id.*: 114).

Más adelante, amplía Benet esta concepción animista de la naturaleza al hablarnos del clima, de las inmisericordes heladas del invierno y de las cruentas sequías del verano, y también del imprevisible y tiránico viento, al que denomina “Boreas enemigo” (Benet 1967 [2009]: 56). Continúa, asimismo, añadiendo datos y observaciones sobre la accidentada orografía regionata: así, por ejemplo, ya avanzada la novela, nos habla de dos caminos que conectan Macerta con Región, el primero de los cuales es “penoso y laberíntico”, en tanto que el segundo, con ser más seguro, “también es más difícil”; de este último, además, nos cuenta el narrador que “de tarde en tarde un contratista de maderas [...] ha tratado en vano de abrirlo al tráfico rodado”, siendo lo más habitual que “antes de que el acondicionamiento del camino [...] alcance el vértice del puerto, el contratista se haya arruinado —o haya desaparecido sin esperar la rescisión— sin saber cómo” (*id.*: 63). Una vez más, la imagen de un entorno arcádico, opuesto a la grisura de la ciudad, se transforma en la de “un locus horribilis saturado por las terroríficas y vitriólicas fuerzas de la naturaleza” (Margenot 1991: 59), manifiestamente refractarias a los intrusos. Sobre esto último, merece la pena destacar otro pasaje de *Volverás a Región*, en el que se nos habla del misterioso animal que ronda la sierra y que, según el narrador, aprovecha la desorientación del caminante para clavarle su “terrible e instantáneo agujón” y dejarlo yacente en el suelo, “entre gritos de dolor y lágrimas de miedo” (Benet 1967 [2009]: 221).

Pero la máxima expresión de la hostilidad del entorno regionato reside en el bosque de Mantua que, de acuerdo con el “Mapa” de 1983, se localiza en el centro de Región, a medio camino de las dos ciudades rivales. Es este el espacio nuclear de la novelística benetiana, sobre el que se vuelve en cada una de las narraciones y en el que se concentran todas las fuerzas que combaten en el ámbito regionato; según Margenot (1991: 108), el resto de los espacios de este mundo opresivo —la casa de la Gándara, la cueva de Mansurra, la Clínica del Dr. Sebastián, la cabaña del Indio, etc.— remiten a él, se encuentran en él contenidos. Su génesis se debe a una de las lecturas de cabecera de Benet: *La rama dorada*, del antropólogo James G. Frazer. Al principio de dicho estudio, se nos habla del bosque sagrado de Nemi, dedicado al culto de Diana y custodiado por un temible guardián; Benet se inspiró en este pasaje para concebir Mantua y su implacable cancerbero: el Numa, suerte de pastor³ a quien nadie ha visto, pero que, pertrechado de un fusil, vela por la privacidad de la espesura. Nadie sabe quién lo puso ahí ni qué riquezas custodia —ni siquiera él mismo—; lo único seguro es que quien se atreva a desatender el aviso que se levanta en el umbral del bosque —“Prohibida la entrada. Propiedad privada”— no vivirá para contarlo⁴.

Enigma y hostilidad vienen, pues, hermanados ya desde el estrato denotativo del discurso, erigiendo un paisaje sinuoso y sombrío, reminiscente, en más de un sentido, de la novela gótica (cfr. Durán 1974 [1986]: 239 y Margenot 2008) y claramente revestido de un halo simbólico (ya que no “jeroglífico”). Este se repetirá en prácticamente todos los relatos

³ Josefina González (1995) estudia el diálogo que en *Volverás a Región* se establece con el género pastoril, la inversión operada sobre la dualidad “ciudad-campo”. Según González, bajo ella subyace “el contraste entre ciencia y literatura” (*id.*: 458) propugnado por Benet, según el cual, esta sería “un artefacto que se burla de la ciencia” (*ibid.*). Dicha idea encaja en el esquema diseñado por Benson (1989), al que luego nos referiremos. Por otro lado, la estudiosa llama la atención sobre la importancia del nombre del bosque regionato, tomado directamente de la región natal de Virgilio, idealizada en las *Églogas* (González 1995: 461).

⁴ Cabe señalar, aunque sólo sea de pasada que, aparte del estudio de Frazer, el Numa remite a otra obra fundamental: las *Vidas paralelas* de Plutarco. En sus páginas, se refiere la vida de Numa Pompilius, segundo emperador de Roma, con el que la criatura benetiana compartiría no sólo el nombre, sino también ciertos atributos esenciales, tales como el culto a la violencia o la protección a ultranza de los recintos sagrados (el templo de Jano, sobre todo). La devoción a Diana une, a su vez, a la criatura descrita por Frazer con el gobernante romano (en este caso, por mediación de la ninfa Egeria) (cfr. López López 1992: 211-212 y 220-225).

benetianos⁵, aun en los de menor aliento poético —como, por ejemplo, *El aire de un crimen* o *Herrumbrosas lanzas*— y en el más iconoclasta de todos ellos: *En el estado*. Así, *La otra de casa de Mazón* se abre con las siguientes palabras: “El lugar era apartado, inhóspito y malsano” (Benet 1973 [2004]: 11), mientras que, en un pasaje de *Saúl ante Samuel*, se nos dice: “Ni siquiera la guerra habría de aliviar el temor y respeto que imponía aquel valle a trasmano” (Benet 1980 [1994]: 147). Es, no obstante, en *Volverás a Región* donde mayor presencia cobra este espacio de sombra.

También en esta novela se alude más que en ninguna otra al innominado y prototípico personaje del viajero: aquel que osa adentrarse en Región y acaba siendo vencido por los elementos o por el disparo del Numa. A través de sus ojos, como si de un guía turístico se tratase, conocemos el laberinto espacial de Región, a la vez que presentimos la infructuosidad, y aun el riesgo, de todo intento de penetración. Veamos una de las menciones más significativas, en donde se alude a la enmarañada vegetación de la zona y se dibuja un panorama realmente disuasorio, poco menos que enloquecedor:

Así pues, si el viajero animado de un espíritu infatigable, cuenta con una fortaleza excepcional y un equipo como para atravesar la manigua, logrará cruzar el bosque de hayas (a costa de su razón, sin duda, porque nadie con un adarme de cordura ha de arriesgarse en una empresa que no parece la más adecuada para devolver el juicio a quien carece de él) pero no el monte bajo, esa selva de arces, brezos y negrales, esas trincheras cubiertas de raecilla y frambuesa brava, esos fosos camuflados bajo los mantos de espino y escoba, majuelo y venenosos columbros, mezclados y dispuestos con arreglo a ese riguroso orden no carente de un punto de regocijado sarcasmo (la esbelta, grácil e inestable bromelia que surge en el centro de un mare mágnum de espinas y ramificaciones; la mariposa violeta que se pierde y guiña en el calor de la tarde por encima de una muralla de acebos y cariátides) que parece insinuar que su disposición está dictada por el propósito de defenderse del leñador, del rebaño, del arado y del camino (Benet 1967 [2009]: 217-218).

Sobre la condición del viajero, dice Costa (1979: 11) que, más que un personaje de la ficción, constituye “un hueco que el autor deja en el tejido de su obra para dar en él acogida al lector”. Así parece, en efecto, por cuanto su aventura es un perfecto correlato de la ardua experiencia lectora. A nuestro entender, no obstante, el viajero también remite al autor implícito, por la incapacidad de este último para encontrar una verdad en el mundo real y su consiguiente inclinación a construir un relato fragmentario y equívoco, repleto de sinuosidades en todos los aspectos y fatigoso para el lector. Como dice Cabrera (1983: 40):

The fragmentation of Benet’s typically long sentence through repeated subordinate clauses containing past, present and future becomes the symbolic microcosm of the organic juxtaposition in the plot of the work, which in turn is the composite image of man’s labyrinthine existence.

La cuestión que se plantea es: ¿qué se esconde tras estas omnipresentes marcas de ambigüedad y enrevesamiento? ¿A qué responde esa frustración esencial que, como hemos visto, permea todos los planos del discurso? ¿Qué sentido ostenta, en definitiva, la persistente imagen del laberinto? A todas estas preguntas trataremos de dar respuesta en las próximas páginas.

3. EL LABERINTO COMO OPUESTO A LA RAZÓN

Ken Benson (1989), en una de las más ambiciosas tentativas de unificación de la obra de Benet, aborda el análisis de *Una meditación* y *Saúl ante Samuel* a partir de la dialéctica subyacente entre las fuerzas de la razón y las del espíritu. Antes que él, ya varios críticos

⁵ La excepción la constituirían *El caballero de Sajonia* (1991) —la única de las novelas benetianas situada íntegramente en lugares tomados de la realidad— y algún que otro cuento, como “Nunca llegarás a nada”, “Obiter dictum” o “Últimas tardes de un invierno húmedo”.

habían llamado la atención sobre esta dicotomía en la literatura benetiana: véanse, por ejemplo, los trabajos de Ortega (1974: 71), Herzberger (1976: 62-64) o el imprescindible artículo de Summerhill (1979) sobre la dialéctica prohibición-trasgresión establecida en Mantua. La aportación de Benson resulta, aun así, mucho más abarcadora en su aplicabilidad, amén de presentar una particularidad que, en nuestro caso, nos interesa sobremanera, a saber: la equiparación entre autor, lector y personaje, es decir, la extensión de la dualidad a todos los niveles. Años después, en otro trabajo más extenso sobre la obra de Benet, volvería sobre este esquema, haciendo uso explícito de la imagen del laberinto para referirse al extravío de la razón (Benson 2004: 261-285). Según su teoría, personaje y lector, identificados bajo la férula del autor, tienen en común que ambos han de dejar aparcada su racionalidad al encarar la literatura regionata, so pena de sentirse burlados y desesperados en diversos sentidos. Quien se interna en el orbe benetiano no puede aspirar a desentrañar sus misterios o encontrar la salida; por el contrario, habrá de adoptar una actitud pasiva, contemplativa, que le permita disfrutar de su deambular por los enrevesados vericuetos. Es lo que López López (1992: 165) llama “el embargo de la lectura [...] seguir el laberinto que el autor nos ha trazado, en busca de algo indefinido, virtual, ya que hasta que no se patentiza en letras, palabras, frases, es pura imaginación, especulación o vaguedad”.

Benet, como ya dijimos más arriba, se alinea junto a aquellos que, desde finales del siglo XIX, desconfían de la capacidad de la razón para explicar el mundo. No sólo en su ideología personal, sino también en su poética y práctica literarias se ve reflejado este escepticismo. Ya en su primer ensayo, *La inspiración y el estilo*, propone un acercamiento a la literatura basado en la imaginación y el gusto personal. La tarea del escritor, dice, no es reflejar la realidad ni ilustrar al público lector, ni siquiera contar historias, sino que se debe consagrar a captar lo caedizo, lo vulgar, y plasmarlo mediante una forma estilísticamente trabajada y estimulante para el intelecto. Para ello, el enigma, el misterio, juegan un papel fundamental. Y es que el hombre de letras, a diferencia del científico, se debe interesar por lo desconocido, por aquello para lo que la ciencia no puede dar explicación y que, por ello, se encuentra, según su propia expresión, en la *zona de sombra*. Ese es el motivo por el que su escritura rehúye la claridad y familiaridad de conceptos, alcanzando un notable grado de complejidad en todos sus planos y problematizando la posibilidad de una idea unitaria y/o unívoca del universo.

En este sentido, Benet se encuentra cercano al pensamiento postmoderno sobre el saber científico, derivado de la crisis del determinismo y sistematizado por Jean-François Lyotard en *La condición postmoderna* (1979). Según el filósofo francés, descubrimientos como los de la mecánica cuántica o la microfísica han supuesto una revolución en los principios y métodos de la ciencia en las sociedades postindustriales: a través de las investigaciones realizadas en estas disciplinas, se ha revelado el carácter inestable e imprevisible de la naturaleza, lo cual ha llevado a la comunidad científica a asumir la imposibilidad de establecer criterios universales en el escrutinio de aquella. Abandonados los grandes relatos que concebían el saber como una vía para el desarrollo del espíritu o la emancipación de la humanidad, y desacreditado, por sus concesiones al sistema, el principio de eficacia, la ciencia postmoderna se lanza a estudiar lo desconocido, esas excepciones que desequilibran el conjunto y exigen, por esto mismo, una constante reformulación de las normas —o *metaprescripciones*— que regulan el lenguaje científico. Dice Lyotard (1979 [1984]: 115): “En tanto es diferenciadora, la ciencia en su pragmática ofrece el antimodelo del sistema estable [...], en el cual la pertinencia del enunciado es que ‘da nacimiento a ideas’, es decir a otros enunciados y a otras reglas de juego”. De este modo, la paralogía, o producción de nuevos enunciados —aun si se contradicen con los anteriormente aceptados—, se convierte en la forma de legitimación del saber postmoderno.

Si bien no tenemos constancia de que Benet hubiera leído a Lyotard ni de que conociera estas ideas, lo cierto es que muchas veces comulga con ellas, tanto en la teoría como en la práctica⁶. Así, por ejemplo, en el ensayo titulado *El Ángel del Señor abandona a Tobías* (1976),

⁶ Para más datos sobre el carácter postmoderno —o *tardomodernista*— de la obra de Benet, cfr. Navajas (1980 y 1984), Spires (1984), Bravo (1993) y, sobre todo, Compitello (1991, 1993 y 1997). Frente a estos trabajos, en su

lleva a cabo una crítica de los presupuestos de la ciencia positivista —y más en concreto, de la lingüística— en unos términos muy similares a los empleados en el ensayo recién aludido (aun habiendo aparecido tres años antes que el de Lyotard). Veamos, si no, el siguiente pasaje, dedicado a los científicos del lenguaje:

Y aun cuando hace tiempo, mucho tiempo, que el lingüista ha abandonado la idea de un estado lingüístico legendario y perfecto, un *Ursprache* en el que la expresión verbal obedecería a unas pocas leyes lógicas de validez universal, se diría que —decepcionado de poder reconstruirlo— todavía sueña con nostalgia con aquella lengua perdida y que por su propia perfección sería inmune a la continua modificación que impone el habla, a la implacable erosión de la historia y al irreverente trastorno que introducen ciencia y civilización (Benet 1976b [2004]: 72).

Esta falacia de la ciencia moderna —asociada en Benet con el mito de la caída, del paraíso perdido— apunta a la impotencia de la razón para dar una explicación exhaustiva e irrefutable del mundo que nos rodea, ya no digamos del propio ser humano. Así, por ejemplo, considera que “el lenguaje es absolutamente irreductible a la ciencia” (*íd.*: 160). Dicho juicio, no obstante, se podría aplicar al resto de la naturaleza, como prueba en una entrevista coetánea a *El Ángel*:

El saber, ese saber absoluto que quiere el pensamiento científico, yo no creo en él porque no se puede dar. La ciencia es un aparato que se destruye a sí mismo. Para progresar, para lo que llamamos “progreso”, hace falta destruir un estado anterior de la ciencia, que se supone que era insuficiente [...] Pero nunca se llegará al absoluto científico, nunca se llegará a conocer nuestro universo que siempre estará en sombras [...] Pero el científico piensa [...] en una edad dominada por la razón como regidora del universo, y dominada por la ciencia como aparato para gobernar ese universo. Eso es un sueño de niño (Rozlapa 1977 [1997]: 118).

En cuanto al plano de la ficción, las cosas van por el mismo camino; tanto en sus novelas como en sus obras de teatro se registra el mismo escepticismo, la misma desconfianza, respecto del alcance de la razón. Para Benet, esta será siempre un instrumento cojo, que debería servirnos como guía pero que se demuestra insuficiente a la primera de cambio. Es por esto que en sus ficciones da cabida a la proliferación y el caos, a la pluralidad de enunciados, la ambigüedad y la contradicción; en una palabra, a la irracionalidad. En todos los orbes el principio racional queda desacreditado, desestimado por su innegable ineficacia y, en última instancia, sustituido por una lógica no euclidiana, en cuyo seno “imperla la lucha de contrarios” (Benet 1976a: 53)⁷. A propósito de esto, son muy interesantes las declaraciones del propio Benet sobre su segunda novela:

Puede que los lectores vean *Una meditación* como un reto al que tienen que responder descifrando y desenredando una madeja enmarañada. Pero esa no es, ni mucho menos, mi meta. Más aún, este enredo tan complicado ni siquiera responde a un plan previo, de modo que no puede ser resuelta. Y cualquiera que lo intente está malgastando su tiempo. Este libro es como una madeja enredada porque esa es su estética, pero está pensado para ser leído línea a línea y frase a frase, sin darle más vueltas (Gazarian-Gautier 1991 [1997]: 202)

Con esta recomendación, viene el autor a respaldar la tesis de Benson con respecto al abordaje de la obra benetiana: el lector debe limitarse a disfrutar del texto sin tratar de desentrañar su significado último, sin introducir el criterio lógico en un ámbito opaco a la razón; más que nada, porque el enigma es irresoluble. De hecho, aun el mayor especialista

mayoría centrados en aspectos tocantes a la textualidad, tomamos el adjetivo “postmoderno” como la actitud propia de las actuales sociedades capitalistas: escéptica, individualista y carente de principios incommovibles.

⁷ De acuerdo con la dicotomía antes mencionada, Benson (2004: 261-262) define el discurso benetiano como “el cruce dialógico de perspectivas en oposición”: una “emocional” o “semiótica” y otra “racional” o “simbólica”. Nótese, a propósito de lo comentado sobre la presunta simbología benetiana, la equiparación del término “simbólico” con el orbe de la razón

habría de guiarse por la misma consigna. Así lo cree Sergio Gómez Parra (1972: 10), uno de los primeros exegetas benetianos, para quien es “absurdo que el crítico se meta a hermeneuta ratonero, jugando a organizar un rompecabezas que a priori no tiene solución, convirtiendo al autor en un vulgar constructor de crucigramas”.

Así pues, en la medida en que alude al orbe espiritual, la imagen del laberinto se opone a la linealidad ansiada por la razón. En la diégesis, aquella se manifiesta en dos estratos íntimamente ligados: por un lado, en la mente de los personajes, empeñados en clarificar su pasado y su presente, y por otro, en un entorno aparentemente físico que, en realidad, no es sino la exteriorización de dicha subjetividad, su encarnación en una serie de elementos palpables dotados de una función simbólica o, cuando menos, connotativa. De este modo, las acciones de los personajes también son correlatos de su atormentada vida interior.

En *Volverás a Región*, la hija del coronel Gamallo vuelve a su tierra para tratar de localizar a su amante, extraviado —y seguramente muerto— durante la guerra. En *Una meditación*, Carlos Bonaval y Leo visitan la cabaña del Indio y la cueva de Mansurra para ahondar en su relación amorosa. Por su parte, Arturo Brémont, uno de los protagonistas de *Un viaje de invierno*, se encamina hacia Mantua para reencontrarse consigo mismo. Todos estos desplazamientos son la figuración de un viaje interior, cuyos protagonistas recorrerán entre la zozobra y la desconfianza y a cuyo término no encontrarán sino la muerte o la pérdida de toda esperanza. La imagen del viajero y su periplo cobran, de este modo, una dimensión más profunda, más trascendente: de ser una incómoda visita a una tierra devastada y una dolorosa revisión de la historia personal y nacional, pasa a convertirse en la búsqueda de una verdad metafísica, capaz de dar coherencia a la ruinoso existencia del ser humano, y en la consiguiente revelación de su inviabilidad. La imagen laberíntica está directamente asociada con este motivo del viaje, y, como este, se proyecta hacia planos cada vez más abstractos del universo ficticio: desde el entorno en el que se mueven los personajes —ya sea natural o urbano—, hasta sus atormentadas conciencias, encalladas en algún momento del pasado y burladas por un tiempo no mensurable que, en vez de cerrar las heridas, las mantiene vivas y sangrantes⁸. Dicha concepción del tiempo, tan estudiada por los especialistas en Benet (cfr. sobre todo, Pope 1984), debe verse como el más etéreo escalafón de esa tela de araña que atrapa y confunde al personaje al escapar a la medición racional y quedar “reducido a un presente vacilante, espectral y también convulso, sinuoso, laberíntico” (Gullón 1973: 2).

Como dice Rodríguez Padrón (1990: 11), las novelas de Benet “siempre se resuelven en un viaje a través de una geografía muy específica y de una conciencia laberíntica materializada siempre en esos lugares característicos, vacíos y degradados, decadentes o muertos”. De estos emplazamientos, el que más poderosamente reproduce la imagen del laberinto es, sin duda, el bosque de Mantua. Se trata del espacio más abiertamente connotativo del orbe regionato. Ubicado, no por casualidad, en el centro del mapa, su descripción remite a la imagen arquetípica del bosque, formada por “varios elementos contrarios que desconciertan y sumen al hombre en un laberinto inextricable” (Margenot 1991: 114). En él, confluyen el resto de *loci* de *Región*, y en última instancia, los conflictos internos de los personajes, de suerte que el peregrinaje de estos hacia la espesura ha de interpretarse como “una metáfora para la realización existencial” (*íd.*: 93) o, de acuerdo con Santarcangeli (1984 [1997]: 157), como el “sueño de la peregrinación impedida”. Basándose en esto, hay quien ha visto en Mantua un correlato del inconsciente (Oliart 1969: 232, Herzberger 1976: 62-64 y Summerhill 1984). En esta identificación profundizamos en el siguiente apartado.

⁸ Margenot (1991: 75), siguiendo a Robert Rawdon Wilson, habla de un laberinto “frágil” para referirse a los elementos topográficos, meteorológicos y espaciales, y de uno “fuerte” para aludir a los irresolubles dilemas mentales que torturan a los personajes.

4. MANTUA COMO EL LABERINTO DEL INCONSCIENTE

Según el *Diccionario de símbolos* de Chevalier y Gheerbrant (1973 [1993]: 621), “el laberinto anuncia la presencia de algo precioso o sagrado”. En relación con esto, han sido muchos los comentaristas que han querido ver en Mantua una especie de santuario, tomando como justificación el modelo de Nemi y, sobre todo, la figura del Numa, guardián de unas insospechadas reliquias. La simbología del bosque también está asociada a dicha interpretación, toda vez que en la Antigüedad grecolatina “los bosques estaban consagrados a las divinidades: simbolizaban la morada misteriosa de Dios” (*id.*: 195); por no hablar, claro está, del Jardín del Edén, con el que ciertos analistas han querido vincular —si bien por oposición— el dominio regionato. En Benet, no obstante, la sacralidad de la espesura se encuentra más en consonancia con las categorías establecidas por el psicoanálisis, según el cual se opondría con fiereza a la razón del hombre, estando sus terrores y oscuridades inspirados en “el temor de las revelaciones de lo inconsciente” (*ibíd.*). Por su parte, el laberinto “conduce también al interior de uno mismo, hacia una suerte de santuario interior y oculto donde reside lo más misterioso de la persona humana [...] las profundidades de lo inconsciente” (*id.*: 621-622). Como vemos, se da una sutil equiparación entre ambos espacios. Los dos se sugieren, además, como sistemas de defensa u ocultamiento, especialmente el laberinto, cuyos secretos sólo le son revelados “a quienes conocen los planos, a los iniciados” (*id.*: 621). Sobre este particular, dice Eliade que “la misión esencial del laberinto era defender el centro, es decir, el acceso a la sacralidad, la inmortalidad y la realidad absoluta” (Cirlot 1969 [1981]: 266).

De acuerdo con todo esto, Mantua se nos presenta como una laberíntica fortaleza en la que se encuentra confinada la parte emotiva del ser humano. No en vano en su linde se yergue “un alambre de espino que interrumpe la marcha de la razón” (Benet 1972 [1980]: 287). Para acceder a él, pues, será necesario abandonar todo lo impuesto por la parte racional y entregarse a lo desconocido, encarnado en la figura del temible Numa. “El centro también es peligroso”, señala Santarcangeli (1984 [1997]: 177); así lo parece, sin duda, en el caso presente. Ahora bien, desde una perspectiva netamente simbólica, la implacable sentencia del pastor puede entenderse no como un castigo, sino como el billete —sólo de ida— hacia el reino de lo irracional, el salto definitivo hacia la realización del individuo (inalcanzable, se entiende, en la tierra de los vivos). De hecho, el significado místico del laberinto apunta hacia este valor iniciático, siendo así que entrar y salir de él es un “símbolo de la muerte y la resurrección espirituales” (Chevalier 1973 [1993]: 621), del *iter perfectionis* que lleva a la plenitud. Con dicha visión concuerda Santarcangeli (1984 [1997]: 153), cuando dice: “si sus pasillos sinuosos evocan las torturas del Infierno, conducen también hacia el lugar en el que se cumplirá la iluminación”. Ello nos permite entender mejor el plan suicida de personajes como Arturo Brémond o Marré Gamallo; su inmolación en Mantua se interpreta como el regreso al lugar donde vida y muerte quedan igualadas. Y es que, como señala el italiano (*id.*: 173), la imagen laberíntica es también representación del “seno materno, la matriz, el lugar seguro del que hemos salido y hacia el que nos empuja una semiconsciente nostalgia del aniquilamiento”.

Para otros estudiosos de Benet, en cambio, el Numa encarnaría la represión de los instintos, cosa que lo convertiría en sicario de la razón. De este sentir son, por ejemplo, Margenot (1991: 88), que lo ve como mantenedor de la ruina de Región y, sobre todo, Summerhill (1979 [1984]: 53), para quien el guarda sería “an imaginary being who has been created collectively by the people of Región in an effort to shun nature”, o dicho de otra manera, la encarnación del miedo del hombre a expresar su verdadera naturaleza. De este modo,

anyone who dares violate the prohibition, either by responding to passion within themselves or —in what symbolically amounts the same thing— by venturing outside society beyond the warning sign and into nature, is deemed a transgressor who must be punished (*id.*: 54).

El Numa se perfila, así entendido, como una especie de asesino a sueldo, un mercenario encargado de mantener a raya a los alborotadores y proteger un material que nadie —ni aun los iniciados— debe ver: el “paraíso clausurado” del que habla Gullón (1973: 2), el centro inaccesible. El discurso que, por boca del Dr. Sebastián, profiere en *Volverás a Región* no deja lugar a dudas:

Está bien, lo mato. No me pidáis más, yo lo mato y asunto concluido. Así vuestra conciencia sigue tranquila y el bosque sigue siendo mío [...] Volveos tranquilos, nadie puede llegar hasta acá, que yo me cuido de eso. Ya comprendo que vuestra miseria no sería tolerable a sabiendas de que cualquiera puede llegar hasta aquí; así que esto es lo mejor para todos, ya lo comprendo. El pago... de sobra lo conocéis: nada de inquietud y sobre todo que nadie abrigue otra esperanza que la del castigo del transgresor, no digo ya del ambicioso. Una paz, por muy ruin que sea, es siempre una paz (Benet 1967 [2009]: 255-256).

Se sugiere, con todo, una tercera posibilidad —muy próxima a la recién descrita—, y es que el Numa representase esos mismos instintos reprimidos⁹; en este caso, como en el del Minotauro, los sacrificios de los viajeros tendrían la función de apaciguar a la bestia, de evitar que desatase su irracionalidad; no en vano el simbolismo de dicha criatura la vincula con “un amor culpable, un deseo injusto, un dominio indebido, la falta, reprimidos y ocultos en lo inconsciente del laberinto” (Chevalier 1973 [1993]: 714).

Sea como fuere, lo que está claro es que quien se interna en el laberinto de la espesura habrá de dejar atrás el mundo tal y como lo conoce, y prepararse para hacer frente a revelaciones para que las que, casi seguro, no estaba preparado. Dicho tránsito no sólo significa el abandono del orbe social sino, sobre todo, el descrédito de toda una manera de percibir la realidad (la racional). “Abandone toda esperanza todo aquel que entre aquí”, advierte una inscripción a las puertas del infierno dantesco: es lo mismo que parece querer decir el cartel que prohíbe el paso a Mantua; sólo que aquí a la esperanza se le une la razón.

En cuanto al Numa, sea o no una fuerza negativa, su presencia en la novela está indudablemente “based upon the negation of logic and Benet’s affinity for the magical and inexplicable” (Herzberger 1976: 125). Con dicha idea coincide López López (1992: 214), para quien “encarnaría el propio mecanismo en virtud del cual la ficción (el estilo) engendra el enigma y la incertidumbre”. Por otra parte, el viejo pastor ocupa el lugar más destacado de la mitología benetiana, como dueño y señor de Mantua. Su importancia en cuanto a la imagen del laberinto es, por tanto, doble: como representante absoluto del misterio y la irracionalidad y, en segunda instancia, como punta de lanza de la cosmogonía regionata. En el siguiente apartado ampliamos su dimensión mítica.

5. LA DESMITIFICACIÓN DEL LABERINTO

“Properly illuminated, myth is a fundamental key to understanding the trajectory, experience and direction of major novels in the 1956-70 period”, dice Thomas al comienzo de su estudio (1975: 2). En lo que al ciclo regionato se refiere, dicha afirmación es de lo más cierta. No sólo se vale Benet de la mitología clásica para construir sus ficciones —ejemplo de lo cual sería *Un viaje de invierno*, trasunto del mito de Perséfone (cfr. Gullón 1975)—, sino que elabora todo un sistema de creencias y tradiciones propio, a través del cual vehicula su concepción del mundo y el ser humano. En él, los patrones clásicos se ven ampliamente reformulados, conducidos a la más honda desmitificación.

⁹ Tanto esta interpretación como la precedente se encuentran en la línea del importante estudio freudiano *Tótem y tabú* (1912), donde el padre del psicoanálisis se refiere al “man’s ‘eternal’ urge and fear to express libidinal instincts” (Summerhill 1979 [1984]: 58). Como curiosidad, cabe decir que dicho trabajo fue escrito bajo la influencia de *La rama dorada*, tan decisiva en la formación cultural de Benet y, más en concreto, en la creación de Mantua.

Anterior al saber científico, existe en las sociedades tradicionales el saber narrativo, en el que se enmarcan los mitos fundacionales. La legitimación de estos no depende de ningún tipo de argumento racional ni de demostración empírica, pues, como aduce Lyotard (1979 [1984]: 50), “tienen por sí mismos esa autoridad”. En Región, como ya hemos venido diciendo, la razón es constantemente preterida, desestimada: una de las mejores pruebas se cifra en la preeminencia de elementos míticos y preternaturales. Son estos, más que las leyes humanas, los que estructuran el orbe benetiano. El ejemplo más claro es el Numa, a cuyos designios están rendidos (casi) todos los ciudadanos regionatos y al que, como si de un dios de la Antigüedad se tratase, se le ofrecen sacrificios rituales. Hay, es cierto, otros personajes que caen dentro de la esfera del mito y la fantasía, como la abuela de *Saúl ante Samuel*, el Rey de *La otra casa de Mazón* o el Indio de *Una meditación*. Ninguno de estos, pese a todo, tiene la centralidad del Numa, “esa figura, acaso la más importante, sin duda la más fascinadora del universo ficcional” (Martínez Sarrión 2007: 119).

Como ya anunciamos al principio, la figura del viejo pastor y el bosque que protege apuntan al mito del laberinto de Creta. Según la leyenda, este fue mandado construir por el malvado rey Minos, enemigo de Atenas, con el propósito del encerrar en su interior al temible Minotauro, mitad hombre, mitad animal. No obstante, para mantenerlo recluido, se impuso como condición a los atenienses que, cada año, entregasen siete jóvenes y siete doncellas a la bestia, a modo de sacrificio ritual. Así lo hicieron en tres ocasiones, hasta que, a la cuarta, el valiente Teseo, rey de Atenas, se decidió a penetrar en el laberinto y recorrer sus pasillos en busca del monstruo. Su atrevimiento, por suerte, no fue en balde: tras un duro enfrentamiento, consiguió abatir al monstruo y, con la ayuda del ovillo de hilo que Ariadna —la hija de Minos— había tejido para él, se las arregló para salir del laberinto y escapar con ella.

Mantua y su temible guardián presentan un buen número de paralelismos con la historia recién expuesta. Para empezar, tenemos la figura del señor del laberinto. La descripción que del Numa nos ofrece Benet recuerda, en lo esencial, a la imagen que tenemos del Minotauro, no sólo por su función homicida, sino también por su apariencia física y por el aura sobrenatural que lo rodea, basada en su incansable acecho, en sus reflejos inusitados y en su capacidad para estar en varios sitios al mismo tiempo. Está, además, el hecho de que nadie lo haya visto y de que parezca pertenecer a un dominio fuera del tiempo; según Orringer (1984: 43), esto lo acerca a la condición arquetípica. Según la imaginería laberíntica, se trataría del *deus absconditus* (cfr. Santarcangeli 1984 [1997]: 178-181). En segundo lugar, estaría el mismo bosque que, como ya venimos señalando desde el principio, se encuentra estrechamente ligado a la imagen del laberinto, por su irregular trazado, por la facilidad con la que los viajeros se extravían en su interior y por tratarse, como aquel, del “recinto en el que vive el dios o el monstruo” (*id.*: 175). Reina en él, además, una agobiante sensación de clausura y soledad, reminiscente de los oscuros y silenciosos caserones de Región, aquí agravada por la ominosa presencia —más intuita que cierta— del Numa (cfr. Margenot 1991: 76 y 110 y Gullón 1980: 79).

Así y todo, las correspondencias no se basan tanto en cuestiones materiales o espaciales como en el esquema sobre el que se asientan ambos mitos. Al igual que el Minotauro, el viejo guarda exige una ofrenda de sangre a cambio de preservar la tranquilidad del lugar. En este caso, las víctimas no son vírgenes, sino inocentes viajeros, que, en su afán de cartografiar la zona o desvelar sus misterios, no respetan la norma impuesta. “Cuando el viajero se aventura en la zona vedada y traspasa la barrera prohibida, el rito sacrificial se cumple”, dice Gullón (1973: 2). En las primeras páginas de *Volverás a Región*, se describe en detalle el ceremonial que acompaña al sacrificio en Mantua, al cual los regionatos asisten con la sumisión devoto feligreses; desde la torre abandonada de El Salvador, sin hablar entre ellos, esperan pacientes el disparo del Numa, “que sus oídos habían esperado como la sentencia de la esfinge al sacrilegio y que, año tras año, aceptaban sin explicaciones ni perplejidad” (Benet 1967 [2009]: 26). Son como los convidados de *Un viaje de invierno*, quienes interrumpen la fiesta para escuchar la descarga (Benet 1972 [1980]: 287-288), igual que, en *La otra casa de Mazón*, los

miembros de la familia se congregan para esperar la muerte de Alejandro (Benet 1973 [2004]: 201-205).

No se ha estudiado en profundidad la importancia del rito en la literatura benetiana. Antes hablábamos de la dimensión iniciática del viaje; hay, sin embargo, otros muchos momentos de significado ritual en las novelas de Región: véanse, si no, la partida de naipes en *Volverás a Región*, la fiesta de *Un viaje de invierno*, la tradición familiar descrita en *En la penumbra* o la violación de la campesina en *Saúl ante Samuel*. El que ocupa estas páginas es, aun así, el que más hondamente determina la existencia de los habitantes de la zona. Según Margenot (1991: 108), “Mantua constituye un espacio violento por naturaleza, un contemporáneo *discordia concors* que impone eficazmente el orden en el resto de Región”. Gracias a esa inherente violencia y al periódico derramamiento de sangre, se conjura la posibilidad de cambio, la amenaza de una revelación que viniera a desestabilizar el frágil equilibrio del que gozan los regionatos. El Numa es, en este sentido, un verdadero protector, no sólo del laberinto, sino de la gente que vive en el exterior y no está interesada en saber qué se oculta en él, cuál es ese tesoro tanpreciado. Como señala el mismo crítico (*íd.*: 63), el guarda “encarna los deseos del grupo determinado a eliminar a toda persona que desafie sus leyes”. Por su parte, Orringer (1984: 43) dice de él que posee “the attributes of a tutelary god”. Así lo conciben los protagonistas de *La otra casa de Mazón* cuando, al final de la novela, le ruegan al custodio que acabe con el joven Alejandro; o el Dr. Sebastián, quien en *Volverás a Región* dirige toda una plegaria a Mantua para lograr la muerte de Marré:

Si hemos aceptado tu ley es porque el que venga a cambiarla impondrá una más dura. Deja las cosas como están y no la permitas llegar. Aquellos que no se conforman con su desgracia, en esta tierra nuestra, acarrearán la catástrofe. Deja las cosas como están y cumple con tus compromisos de la misma forma que nosotros acatamos tu mandato (Benet 1967 [2009]: 315)

En esta actitud de rechazo a lo nuevo radica la mayor disimilitud con respecto al mito originario. Mientras los atenienses vivían atemorizados y ansiaban la llegada de su salvador, los pobladores del mundo benetiano viven conformes con el orden establecido y recelan de cualquier intento de violentarlo o siquiera de ponerlo en cuestión. Así, ven con buenos ojos la sentencia del Numa, no sólo porque mantiene la *normalidad* sino, sobre todo, porque confirma que “su insatisfacción, su estado de ruina afecta a todo el género humano, y no sólo a ellos” (López López 1992: 169). Josefina González (1995: 460) arguye, en contra de esta interpretación, que el Numa constituiría la “representación del pasado irrecuperable [...] el guarda de un paraíso perdido”; de hecho, el centro del laberinto se relaciona con la “nostalgia del paraíso” connatural al ser humano (Santarcangeli 1984 [1997]: 178). A nuestro entender, no obstante, esa añoranza habría sido relevada por la más pura resignación, privada de todo tipo de esperanzas, última garantía de estabilidad, por precaria e insatisfactoria que esta sea.

Por otro lado, están los *héroes* que se encaminan a hacer frente al monstruo. En su estudio, Margenot (1991: 79) los equipara a los arquetipos de la tradición y define las fases por las que se ven obligados a pasar: abandono del estilo de vida llevado hasta entonces, iniciación o travesía del umbral, y triunfo o fracaso de su empeño. Como ya dijimos más arriba, su aventura en el laberinto comprende un viaje tanto interno como externo: en primera instancia, por la atormentada conciencia del personaje, y en plano más concreto, por las oquedades del bosque prohibido. En la última etapa, después de traspasar el umbral de Mantua, les espera el Numa, que “como la serpiente o el dragón, como el torrente o el tremedal [...] es uno de los obstáculos que han de ser vencidos para desvelar el misterio” (Gullón 1973: 2). Dicha comparación nos aproxima al esquema típico de los cuentos folclóricos e infantiles, donde el caballero se abre paso hacia a su objetivo —su amada, la mayoría de las veces— no sólo con su espada, sino también con su ingenio, como Edipo con la Esfinge. Aun así, en Región los héroes nunca alcanzan su meta ni resuelven los enigmas: su reiterada derrota los priva de su carácter supuestamente modélico, dejando su historia sin moraleja y abierta al más negro escepticismo. Como dice Orringer (1984: 42), “the thwarting of heroism plays a main role in depriving the character of hope”.

Pero esto no es todo: en “Numa, una leyenda”, nos enteramos de que, si alguien fuera capaz de acabar con el guarda, no sería para traer la luz al bosque ni devolver la esperanza a sus conciudadanos, sino para convertirse automáticamente en el nuevo custodio de la foresta. Este detalle, indudablemente emparentado con la tradición del bosque de Nemi (cfr. López López 1992: 213), añade una nota más de degradación al mundo regionato.

La deconstrucción llevada a cabo por Benet con el mito del laberinto neutraliza los elementos positivos de este, reservándole a Teseo el mismo destino que al resto de las víctimas del Minotauro y erigiendo a este último —al Numa, al “anti-Teseo” (Santarcangeli 1984 [1997]: 193)— en verdadero “hero of this novelistic epic” (Orringer 1984.: 43)¹⁰. Esto no sólo le da un tono negativo a la fábula, sino que invalida su función ejemplar y, más importante, pone en jaque el fin ilustrativo que, por lo general, poseen los mitos. Respecto a lo primero, Orringer adscribe la literatura regionata a una épica “paralítica”, protagonizada por personajes que, frente a la grandeza de Aquiles o Eneas, destacan por su pasividad y falta de ilusión, y cuya guerra, a diferencia de la librada a las puertas de Troya, “does not deserve consideration as anything but a mock epic” (*id.*: 44). De ahí la actitud del narrador de *Volverás a Región*, quien refiere las batallas entre republicanos y nacionales “without enthusiasm for either of the contenders” (*id.*: 49).

Más interesante es, de todas formas, el segundo efecto logrado: la desarticulación del mito en cuanto explicación de los orígenes y la idiosincrasia de un pueblo (en este caso, Región). Antes decíamos que las sociedades precientíficas se asentaban sobre el saber narrativo; sobre este particular señala el propio Benet (1990 [2003]: 55) en uno de sus últimos ensayos: “El mito se presenta siempre como un remedo de la ciencia”, en el sentido de que también supone “un esfuerzo de reconstrucción pero a diferencia de esta se sitúa decidida y obstinadamente en el territorio de lo imaginario” (*id.*: 57). Pues bien, aun las áreas más industrializadas conservan un rico caudal de narraciones, sedimento de una sabiduría ancestral, el cual se impone con frecuencia a las leyes científicas: piénsese, si no, en la India o en algunos países árabes o, sin irnos tan lejos, en las zonas rurales de España. En lo que a Región se refiere, ya vimos el lugar que en ella ocupa el pensamiento científico y racional. El oscurantismo y la superstición son las notas dominantes en este espacio: sus mitos y rituales la definen como una sociedad poco menos que tribal, dominada por fuerzas sobrenaturales y donde la ciencia es un trasto inservible. Ello no quiere decir, así y todo, que el saber tradicional les sea mucho más útil para dar una explicación a su realidad. Al contrario, el esquema que nos ofrece Benet sugiere que los mitos de Región están tan faltos de consistencia y desarrollo como las formulaciones racionales.

Al principio de *Volverás a Región*, se nos dice que la gente regionata “ha optado por olvidar su propia historia” (Benet 1967 [2009]: 23). Esa actitud displicente se enfoca no sólo hacia los hechos históricos, sino hacia los rasgos que la definen en cuanto pueblo. Como dice Thomas (1975: 205), “the people have forgotten the meaning of their myths and rituals”. Así lo refrenda Benet, cuando define la ofrenda de Mantua como “un viejo ritual cuyo significado se ha perdido” (Benet 1967 [2009]: 23). Pero no son sólo los feligreses quienes han olvidado el sentido de la ceremonia: también el propio sacerdote encargado de llevarla a término. Así, en “Numa, una leyenda”, se dice que el viejo pastor

había olvidado lo que había informado sus primeros pasos por el monte; recordaba que en aquel tiempo había necesitado guiarse por un principio rector —emanado sin duda de la propiedad— que había olvidado desde el momento en que lo asimilara a una conducta que ya no necesitaba una voz que le dijera lo que tenía que hacer (Benet 1978: 104-105)

En su caso, se da, pues, una automatización del rito que desdibuja su significado originario. Ya dijimos antes, además, que ignora la identidad de sus amos, o sea, que no sabe a

¹⁰ Para otras inversiones literarias del mito original, y en especial de la figura del Minotauro, cfr. Sigamos (1993: 45-147); en esta obra, se pasa revista a piezas de autores tan significativos —y postmodernos— como Borges, Cortázar, Gide, Cocteau, Dürrenmatt, etc.

quién está sirviendo, para quién son los sacrificios; suele hablar del monte y su furia, pero no alcanza a entender —ni le preocupa— qué se esconde bajo ella o qué fin exacto tienen los sacrificios. En dichas pérdida y tergiversación de las tradiciones locales se asienta el ambiente de ruina imperante en Región.

Cabe decir que Thomas concibe esta particularidad de la cultura regionata como una crítica a la sociedad española y, más en concreto, al providencialismo patrocinado durante la dictadura de Franco: en contraste con la idea de la “España Eterna”, se ofrecería “a unique mythic vision of a changeless and mythless society, in short, of Post-Civil War Spain and the present-day Spaniard, lost and apathetic in a world he does not begin to understand” (Thomas 1976: 213). Con dicha opinión coinciden, hasta cierto punto, Gullón (1980: 78) —para quien la brutalidad de Región reflejaría “los laberintos de la violencia en que el español se extravía”— y aun Orringer (1984: 41), cuando dice: “the Spanish people, as viewed by Benet, have no imperial aspirations, no cosmopolitan breadth of focus, no true faith in the collective programs forced upon them from above”. A nuestro entender, en cambio, el desmontaje de la dimensión mítica tiene otro cariz: no sólo es que trascienda los límites de la geografía nacional, sino que afecta directamente a la representación del mundo ficticio, a su consistencia. Antes glosábamos la inoperancia de la lógica en este contexto; ahora descubrimos que sus mitos y leyendas aparecen vaciadas de sentido, igualmente desprovistas de una función unificadora o explicativa. El resultado es una realidad resquebrajada e imprevisible, que da la impresión de estar a punto de colapsarse en cualquier momento. Como dice López López (1992: 166):

No se conforma con efectuar una labor sistemática de zapa de todas las certezas que sobre su mundo de ficción pudiera formarse el lector, sino que incluso el propio mito de Región, mito novedoso, creado por la ficción misma y no tomado en préstamo de la tradición literaria o del corpus de la mitología clásica, es todo lo contrario del prototipo [...], pues no sólo no pretende transgredir simbólica ni mucho menos absolutamente el mundo narrativo en el que se encuentra, sino que impide que otros lo hagan. Sería un prototipo encargado de destruir a sus iguales.

Es decir, que incluso por esta vía Región es impenetrable. Hay rituales, espacios y criaturas arquetípicos y una especie de fe... mas todo ello no sirve para construir una estructura mítica al uso, que dé coherencia al conjunto. La actitud de los regionatos impide que esto ocurra, al vedarle el paso a los héroes y sepultar sus tradiciones bajo el silencio más absoluto, sustituyéndolas por una ley que, según se lee en *Un viaje de invierno*, “no se preguntaba [...] sobre sus fundamentos” (Benet 1972 [1980]: 128). De este modo, frente a la complejidad e inmensidad del universo, están abocados a vivir dominados por el miedo y la desesperanza, sin aspirar a desentrañar, de ningún modo, los misterios que los circundan. La ruina de la provincia es, en consecuencia, total, y las posibilidades de redención, poco menos que inexistentes.

Dicha oscuridad remite, por otro lado, a la época postmoderna, crítica con el alcance de la razón y la ciencia, pero también escéptica en cuanto a los mitos nacionales, étnicos, religiosos, etc. Con Región, Benet nos muestra un mundo en el que todas las pautas que regían su funcionamiento y le conferían sentido, se han visto brutalmente devaluadas, pasadas por el tamiz del desencanto y reducidas a meros escombros, tristes sombras de lo que eran. El panorama es, pues, desesperanzador en todos los órdenes.

Tras la debacle, sólo queda en pie la metáfora del laberinto, no como parte de un mito articulado, sino como el mito en sí mismo. En él se resume la única verdad posible en Región: el desconcierto, el caos. Como bien dice Margenot (1991: 74), aquel constituye “la imagen tradicional del rumbo perdido”. Pues bien, ni con la ayuda de la razón ni de ninguna otra manera podrán los personajes benetianos recuperarlo y acceder al centro. Muy al contrario, se verán obligados a vagar en la oscuridad hasta el fin de los tiempos... siempre y cuando no se tropiecen con el Numa en su camino, claro está.

6. CONCLUSIÓN

*Un misterio que pueda despejarse con una
explicación nunca habrá sido tal*
Károly Kerényi

En las páginas precedentes, hemos intentado dar cohesión al discurso benetiano a través de la metáfora del laberinto. Como ya señalamos al principio, es un lugar común entre los especialistas emplear dicha imagen al referirse a los diferentes grados de complejidad que entraña su literatura. En nuestro caso, hemos propuesto un recorrido desde la parte más superficial del discurso hasta sus implicaciones temáticas, psicológicas y míticas. Nuestro empeño ha sido, en todo momento, asociar la figura laberíntica con el carácter esquivo y desconcertante del universo creado por Benet, no con la intención de ofrecer una interpretación directamente simbólica de este, sino con la idea de demostrar la nuclearidad de la imagen en múltiples aspectos.

Así, para empezar, nuestra atención se ha dirigido al plano denotativo del discurso, es decir, la configuración espacial de la provincia regionata. De ahí, la argumentación ha partido en diferentes direcciones: por un lado, hacia el plano de la lectura, y por otro, hacia el de los temas subyacentes. En ambos orbes, nos hemos guiado por la dualidad establecida por Benson, en su trabajo de 1989, entre la razón y el espíritu; gracias a ella, nos ha sido posible establecer un puente entre la literatura benetiana y el contexto postmoderno, lo cual ha dotado al motivo laberíntico de una significación más profunda.

A continuación, tomando Mantua como epicentro del laberinto regionato, y sin dejar de lado la dualidad, hemos planteado la posibilidad de una lectura de tipo psicoanalítico. Según las fuentes consultadas, la simbología del bosque y la del laberinto apuntan en direcciones muy similares: ambos se presentan como fortalezas a las que la razón no puede acceder, si no es deponiendo sus armas y entregándose a lo inexplicable. La figura del Numa ocupa, en este sentido, un papel decisivo, como señor del laberinto y máximo representante de las fuerzas irracionales que habitan Región. Sobre su persona hemos ensayado diferentes aproximaciones, una de las cuales nos ha posibilitado ver sus asesinatos como rituales de iniciación, conducentes a una especie de renacimiento espiritual.

Tanto el bosque como su guardián nos han llevado, por último, a una interpretación de corte mitológico, con la que hemos acabado de constatar la centralidad del laberinto en la literatura de Benet. Nuestro escrutinio ha consistido, en primer lugar, en registrar las concomitancias entre el mito griego y el benetiano y, más tarde, en llamar la atención sobre la deconstrucción llevada a cabo por el autor de los patrones clásicos. Esto nos ha permitido aludir de nuevo a la época postmoderna y asentar el valor holístico de la imagen laberíntica.

En conclusión, se puede afirmar que el laberinto se yergue como una marca de la irracionalidad imperante en la literatura benetiana y como la representación de un paraíso inaccesible, pero también como los restos de una mitología desarticulada, incapaz de organizar el mundo conforme a unas directrices trascendentes a la razón y, en última instancia, de conceder una pizca de esperanza a los atormentados ciudadanos de Región.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benet, Juan (1967). *Volverás a Región*. Barcelona: Destino. Reed. en Barcelona: Random House Mondadori: 2009.
- (1972). *Un viaje de invierno*. Barcelona: La Gaya Ciencia. Reed. en Madrid: Cátedra: 1980.
- (1973). *La otra casa de Mazón*. Barcelona: Seix Barral. Reed. en Madrid: Alfaguara: 2004.
- (1974). “Breve historia de *Volverás a Región*”, *Revista de Occidente* 134: 160-165.

- (1976a). *En ciernes*. Madrid: Taurus.
- (1976b). *El Ángel del Señor abandona a Tobías*. Barcelona: La Gaya Ciencia. Reed. en Madrid: Taurus: 2004.
- (1978). *Del pozo y del Numa*, Barcelona: La Gaya Ciencia.
- (1980). *Saúl ante Samuel*. Barcelona: La Gaya Ciencia. Reed. en Madrid: Cátedra: 1994.
- (1983). “Mapa de Región”, en *Herrumbrosas lanzas I*. Madrid: Alfaguara.
- (1990). *La construcción de la torre de Babel*. Madrid: Siruela. Reed. en *ibíd.*: 2003.
- Benson, Ken (1989). *Razón y espíritu: análisis de la dualidad subyacente en el discurso de Juan Benet*. Estocolmo: Stockholms Universitet.
- (2004). *Fenomenología del enigma. Juan Benet y el pensamiento literario postestructuralista*. Ámsterdam: Rodopi.
- Bravo, María Elena. “Juan Benet: de modernismo a postmodernismo”, *Ínsula* 559-560: 5-7.
- Cabrera, Vicente (1983). *Juan Benet*. Boston: Twayne Publishers.
- Campbell, Federico (1971). “Juan Benet o el azar”, en Federico Campbell, *Infame turba*. Barcelona: Lumen: 292-310. Reimp. en Jalón: 57-69.
- Castilla del Pino, Carlos (1985). “La equivocación de Benet”, *El País*, 11 de noviembre: 11.
- Chevalier, Jean, Alain Gheerbrant (1973). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Herder: 1991.
- Cirlot, Juan Eduardo (1969). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor: 1981.
- Compitello, Malcolm A. (1991). “Benet and Spanish Postmodernism”, *Revista Hispánica Moderna* 44: 259-272
- (1993). “Reflexiones sobre el acto de narrar: Benet, Vargas Llosa y Euclides Da Cunha”, *Ínsula* 559-560: 19-22.
- (1997). “Juan Benet: Camino hacia el fin de la modernidad”, *La Página* 30: 57-66.
- Costa, Luis F. (1979). “El lector-viajero en *Volverás a Región*”, *Anales de la Narrativa Española Contemporánea* 4: 9-19.
- Durán, Manuel (1974). “Juan Benet y la nueva novela española”, *Cuadernos Americanos* 195: 193-205. Reimp. en Kathleen Vernon (ed.), *Juan Benet*. Madrid: Taurus: 1986: 229-242.
- Gazarian Gautier, Marie-Lise (1991). “Juan Benet”, en Marie-Elise Gazarian Gautier, *Interviews with Spanish Writers*. Elmwood Park, IL: Dalkey Archive Press: 31-42. Reimp. en Jalón: 194-205.
- Gómez Parra, Sergio (1972). “Juan Benet: la ruptura de un horizonte novelístico”, *Reseña de literatura, arte y espectáculos* 58: 3-12.
- González, Ángel (1989). “Recordando a Región”, *El Urogallo* 35: 60-62.
- González, Josefina (1995). “Tecnología y Arcadia en *Volverás a Región*: Un contraste descriptivo”, *Hispania* vol. 78, 3: 456-462.
- Gullón, Ricardo (1973). “Una región laberíntica que bien pudiera llamarse España”, *Ínsula* 319: 2 y 10.
- (1975). “Esperando a Coré”, *Revista de Occidente* 49: 16-36. Reimp. en Kathleen Vernon (ed.), *op. cit.*: 127-146.
- (1980). “Mitos y laberintos”, en Ricardo Gullón, *Espacio y novela*. Barcelona: Antoni Bosch: 78-82.

- Halffter, Cristóbal (1993), "Recordando a Juan Benet en Villafranca del Bierzo", *ABC*, 26 de marzo: 1.
- Hernández, José (1977). "Juan Benet, 1976", *Modern Language Notes* 92, 2: 346-355. Reimp. en Jalón: 100-107.
- Herzberger, David K. (1976). *The Novelistic World of Juan Benet*. Clear Creek, Indiana: The American Hispanist.
- (1979). "Enigma as a Narrative Determinant in the Novels of Juan Benet", *Hispanic Review* 47, 2: 149-157.
- Jalón, Mauricio, ed. (1997). *Cartografía personal*. Valladolid: Cuatro.
- López López, Mariano (1992). *El mito en cinco escritores de posguerra: Rafael Sánchez Ferlosio, Juan Benet, Gonzalo Torrente Ballester, Álvaro Cunqueiro, Antonio Prieto*. Madrid: Verbum.
- Lyotard, Jean-François (1979). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra: 1984.
- Margenot III, John B. (1991). *Zonas y sombras: aproximaciones a Región de Juan Benet*. Madrid: Pliegos.
- (2008). "Gothicism in Juan Benet's *La otra casa de Mazón* and *Herrumbrosas lanzas II*", *Ojancano: Revista de literatura española* 33: 69-85.
- Martínez-Lázaro, Marisa (1971). "Juan Benet o la incertidumbre como fundamento", *El Urogallo* 11-12: 175-176.
- Martínez Sarrión, Antonio (2007). "El Numa, mito de Región", *Cuadernos Hispanoamericanos* 684: 115-122.
- Navajas, Gonzalo (1984). "El significado diseminado de *En el estado*", en *Modern Language Notes* 99: 327-341.
- (1987). "Modernismo, posmodernismo y novela policíaca: *El aire de un crimen*, de Juan Benet", *Revista monográfica* 3, 1-2: 221-230.
- Nelson, Esther W. (1979), "Narrative Perspective in *Volverás a Región*", *The American Hispanist* 4, 36: 3-6. Reimp. en Roberto C. Manteiga, David K. Herzberger y Malcolm A. Compitello (eds.), *Critical Approaches to the Writings of Juan Benet*. Hanover/New Hampshire: The University Press of New England: 1984: 27-38.
- Nolens, Ludovico (1981). "Adiós a Región", *Quimera. Revista de literatura* 3: 9-13. Reimp. en Mauricio Jalón (ed.), *op. cit.*: 179-189.
- Oliart, Alberto (1969). "Viaje a Región", *Revista de Occidente* 80: 224-234.
- Orringer, Nelson R. (1984). "Epic in a Paralytic State: *Volverás a Región*", en Roberto C. Manteiga *et alii* (eds.), *op. cit.*: 39-50.
- Ortega, José (1974). "Estudios sobre la novela de Juan Benet", *Cuadernos Hispanoamericanos* 284: 229-258. Reimp. en Kathleen Vernon (ed.), *op. cit.*: 61-92.
- Pope, Randolph D. (1984). "Benet, Faulkner and Bergson's Memory", en Roberto C. Manteiga *et alii* (eds.), *op. cit.*: 111-120.
- Quijano, Jaime (1973). "Francisco Candel, un obrero de la pluma", *Triunfo* 564: 32-33.
- Rodríguez Padrón, Jorge (1990). *Una lectura de Juan de Benet, Cuadernos de Calandrijas* 3.
- Rose, Herbert J. (1970). *Mitología griega*. Barcelona: Labor: 1973.

- Rozlapa, Anita, John P Dyson. (1977). "Entrevista a Juan Benet", *The American Hispanist* 3, 22: 19-21. Reed. en Mauricio Jalón (ed.), *op. cit.*: 117-123.
- Santarcangeli, Paolo (1984). *El libro de los laberintos*. Madrid: Siruela: 1997.
- Siganos, André (1993). *Le Minotaure et son mythe*. París: Presses Universitaires de France.
- Sobejano, Gonzalo (1970). *Novela española de nuestro tiempo. En busca del pueblo perdido*. Madrid: Prensa Española.
- (1986). "Saúl ante Samuel, historia de un fratricidio", en Kathleen Vernon (ed.), *op. cit.*: 158-176.
- Spires, Robert C. (1984). "Juan Benet's Poetics of Open Spaces", en Roberto C. Manteiga *et alii* (eds.), *op. cit.*: 1-7.
- Summerhill, Stephen J. (1979). "Prohibition and Transgression in *Volverás a Región* and *Una meditación*", *The American Hispanist* 4, 36: 20-24. Reimp. en Roberto C. Manteiga *et alii* (eds.), *op. cit.*: 51-63.
- Thomas, Michael D. (1975). *Myth and Archetype in the New Spanish Novel (1956-1970): A Study in Changing Novelistic Techniques*. University of Kansas [tesis doctoral no publicada].
- Villanueva, Darío (1973). "La novela de Juan Benet", *Camp de l'arpa* 8: 9-16.